

Desde el jardín

Por ENRIQUE FERNÁNDEZ

*Quien planta árboles,
a la sombra de los cuales sabe que nunca podrá sentarse,
ha comenzado a conocer el significado de la VERDAD.*

D. Elton Trueblood

TIENE YA MUCHOS AÑOS nuestro parque. Cuando se plantó era una longuera, una franja de tierra entre las escuelas viejas y las nuevas y entre el camino vecinal y un brazo de río. Apenas un rectángulo de 100m. x 20m., pero fue un orgullo para todos; ningún pueblo de la comarca podía disfrutar de algo parecido. Entonces no se llamaba «parque San Juan»; ni siquiera se llamaba «parque». Se le llamaba simplemente el «jardín»; palabra más adecuada a su tamaño.

Para los que nacimos después de él, fue siempre uno de los territorios favoritos de nuestra infancia, el escenario de muchos de nuestros juegos y aventuras. Para que no entrara la vaquera, tenía una cerca de alambre de espino y gruesas estacas que nos proporcionaban la materia prima para fabricar unos soberbios cigarros de «jara» —nombre que le dábamos a la fibra vegetal que había bajo la corteza seca de las estacas— que liábamos con cualquier trozo de papel y que nos hacían toser, llorar y perder hasta el habla, mientras intentábamos a toda costa poner cara de satisfacción y sentirnos ya unos mozos. No era tan exótico como fumarse hojas de patata, pero nos daba menos disgustos que coger el «tabaco» en las parras vecinas.

Dentro de este recinto mágico todo era posible. Los cubos de piedras junto al río se transformaban en fortalezas inexpugnables, cualquier minúsculo teso del terreno en un palacio de cuento y nosotros en aguerridos caballeros que, a lomos de briosos corceles, presentábamos batalla a quienes osaban entrar en nuestros dominios. Aunque, a veces, a decir verdad, la heroica batalla duraba poco, porque hacer de caballo era cansado o porque, cuando no estaba muy claro el resultado de algún lance de aquella noble lucha entre caballeros, se resolvía la contienda con una alborotada trifulca, en la que menudeaban empujones y patadas y algún que otro revolcón; método éste mucho más expeditivo, aunque no tan caballeresco. De todos modos, la sangre nunca llegaba al río.

Al río sí que llegábamos nosotros a pescar cangrejos. En ese pequeño brazo de río junto al jardín, había varios ladrillos esparcidos en su fondo. Cualquier momento era bueno para descalzarse, sacarlos y hacer una pequeña hoguera donde asar las piezas cobradas. Aquellos cangrejos, mitad crudos mitad quemados, no eran precisamente un bocado succulento, pero su sabor y la pequeña reunión de amigos en torno al fuego a la sombra de los árboles del jardín es uno de mis recuerdos de infancia más entraña-

bles.

A sus árboles *engarriábamos* a buscar nidos o porque sí. Las acacias nos proporcionaban pinchos y los plataneros bolas de «pica-pica» para nuestras travesuras. Solíamos hacer en otoño grandes hogueras con sus hojas, de cuyo amoroso calor también solían echarnos los chicos mayores con una amenaza o dos patadas. Al cobijo de sus ramas, en fin, inventamos mil y un juegos y sucedieron mil y una historias.

* * *

Este viejo jardín ha sido uno de los protagonistas de la infancia de muchos de nosotros, de esa infancia mágica que se vive sólo en los pueblos. Pero no sólo los niños han disfrutado de él. Desde el principio, fue un lugar de esparcimiento y reunión para todos.

Su pradera y sus bancos han sido centro de animadas tertulias, testigos de secretas confidencias, refugio de melancolías y añoranzas. Hemos escuchado la algarabía irrefrenable y estridente de los miles de pájaros que pueblan



Perpetuo

sus árboles, el canto alegre y vivo de los jilgueros que anidan en sus ramas. El frescor de sus copas alivia las tardes agalbanadas del verano. Sus troncos tienen grabados nombres y corazones y escoltan las plegarias del pueblo en la Fiesta de la Amistad. El viento sopla música en sus hojas, las estaciones pintan colores, el sol pule su brillo. Hay mucha vida en su recinto, mucha belleza, mucha historia. Así fue y así seguirá siendo.

Nuestro pequeño jardín de apenas 50 árboles se extendía hasta su límite natural, que era el río. Cuando se abrió el nuevo cauce, nuestro jardín comenzó a crecer hasta encontrarse de nuevo con el río. Pronto se terminará de plantar completamente. Para entonces, el pequeño jardín de nuestra infancia se habrá convertido en un gran parque con más de 400 plantas de 50 especies distintas. Y de nuevo será el orgullo de todos; porque muchos pueblos construyen parque ahora, pero ninguno será tan grande ni tan vistoso como el nuestro.

Y crecerán sus árboles y se convertirá en un lugar acogedor, como lo era el viejo jardín; lleno también de vida, de otros niños y otros mayores, de otras historias y otros recuerdos. Y seguirá siendo nuestro parque; el parque de todos. Porque todos disfrutamos de él y porque todos, quien más y quien menos, echa una mano cuando puede para cuidarlo.

En los cuidados del parque, todos hemos puesto nuestro granito de arena: mujeres y hombres, jóvenes y viejos. Con todo, el parque no sería lo que es, ni será lo que estoy seguro que será, sin el trabajo y el tesón incansables de un hombre con muchos años y mucha energía: Perpetuo Miguélez Castrillo.

Son muchos años de dedicación y esfuerzo. Son muchas las semillas enterradas con esperanza, muchos los arbolitos mimados con esmero en las macetas y plantados en el parque entre palos y espinos protectores. Son muchas las veces que le he visto acollar con ceniza los árboles; cortar hierbajos y maleza; sacar piedras y más piedras hasta dejar limpio el suelo; afanarse para llevar entre piedras y toperas el agua hasta el pie de una planta. Me ha hecho partícipe de sus ilusiones; me ha explicado con vehemencia sus proyectos. Y siempre con juvenil energía, con voluntad inquebrantable. Y sigue adelante; con redoblados ánimos tras un fracaso. Son muchos años de esfuerzo y dedicación.

Ya en 1983, el padre Segismundo, otro luchador infatigable, le dedicaba unos versos de agradecimiento y homenaje:

*¡Perpetuo!
El jardín tiene ya
tus recuerdos, tus trabajos
y la obra de tus manos.[...]
(La veiga. 1992)*

Yo quiero en esta ocasión, Perpetuo, dedicarle estas torpes palabras mías como humilde homenaje, como expresión de mi agradecimiento a su labor admirable. Sé, además, que este sentimiento mío es compartido por nuestros paisanos y que puedo hablar por boca de todos. En su nombre y en el mío, gracias.

Perpetuo, es usted ya viejo. Algún día, deseo que todavía muy lejano, le encargarán un trabajo inexcusable en un jardín remoto y tendrá que irse. Y se irá con su pala plana y su carretilla de madera. Aquél será un jardín grande, hermoso, perfecto. Allí, germinan todas las semillas, siempre prenden las plantas, nunca brotan malas hierbas, siempre abunda el agua, nunca faltan flores y frutos en sus árboles, siempre cantan los pájaros en sus ramas. Allí, una suave luz irisa el aire y llenará su alma de belleza y paz eternas. Así será para usted, sin duda, el Paraíso. Ese día, el viento susurrará una canción triste entre los árboles del parque y todos sentiremos su partida. Todos; pero sobre todo el parque San Juan.

Pero aún queda muy lejos ese día; aún le queda mucha vida por delante. Es usted el viejo más joven que conozco. Todavía le quedan muchas ilusiones con las que soñar, muchos proyectos que realizar. Todavía tiene que ir muchas veces al parque con su pala plana y su carretilla de madera. Su cuerpo enjuto tiene todavía mucha savia que dar a nuestros árboles; sus manos enérgicas, muchos cuidados. Sus ojos tienen que ver todavía la explosión luminosa de muchas primaveras. Tenemos, usted y nosotros, mucha maleza que cortar, muchas piedras que sacar hasta dejar limpio el suelo. Tenemos que replantar los castaños y cuidarlos hasta que se valgan por sí mismos. Tenemos que conseguir pradera entre los árboles, tenemos que segar, podar, ... Aún tiene tarea para muchos años; aún tiene que enseñarnos muchas cosas. Por eso no puede usted irse. ¡Ojalá, Perpetuo, hiciera usted honor a su nombre! ¡Ojalá, Perpetuo, fuera usted perpetuo!

Hay mucha vida en su recinto, mucha belleza,
mucha historia. Así fue y así seguirá siendo



La vida sólo se puede entender mirando hacia atrás, pero sólo se puede vivir mirando hacia adelante. Soren Kierkegaard